

1. La comunidad, don y tarea

LECTURAS RECOMENDADAS

Magisterio de la Iglesia

1. Evangelii Gaudium 87-92 Sí a las relaciones nuevas que genera Jesucristo

87. Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos.

88. El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encender y apagar a voluntad. Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura.

89. El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios.

90. Las formas propias de la religiosidad popular son encarnadas, porque han brotado de la encarnación de la fe cristiana en una cultura popular. Por eso mismo incluyen una relación personal, no con energías armonizadoras sino con Dios, Jesucristo, María, un santo. Tienen carne, tienen rostros. Son aptas para alimentar potencialidades relacionales y no tanto fugas individualistas. En otros sectores de nuestras sociedades crece el aprecio por diversas formas de «espiritualidad del



bienestar» sin comunidad, por una «teología de la prosperidad» sin compromisos fraternos o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista.

91. Un desafío importante es mostrar que la solución nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros. Eso es lo que hoy sucede cuando los creyentes procuran esconderse y quitarse de encima a los demás, y cuando sutilmente escapan de un lugar a otro o de una tarea a otra, quedándose sin vínculos profundos y estables: «*Imaginatio locorum et mutatio multos fefellit*». Es un falso remedio que enferma el corazón, y a veces el cuerpo. Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad.

92. Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad *mística*, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño» (Lc 12,32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!

2. Documento de Aparecida 178-180 Las comunidades cristianas en América latina

178. En la experiencia eclesial de algunas iglesias de América Latina y de El Caribe, las Comunidades Eclesiales de Base han sido escuelas que han ayudado a formar cristianos comprometidos con su fe, discípulos y misioneros del Señor, como testimonia la entrega generosa, hasta derramar su sangre, de tantos miembros suyos. Ellas recogen la experiencia de las primeras comunidades, como están descritas en los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 2, 42-47).

Medellín reconoció en ellas una célula inicial de estructuración eclesial y foco de fe y evangelización. Puebla constató que las pequeñas comunidades, sobre todo las comunidades eclesiales de base, permitieron al pueblo acceder a un conocimiento mayor de la Palabra de Dios, al compromiso social en nombre del Evangelio, al surgimiento de nuevos servicios laicales y a la educación de la fe de los adultos, sin embargo también constató “que no han faltado miembros de comunidad o comunidades enteras que, atraídas por instituciones puramente laicas o radicalizadas ideológicamente, fueron perdiendo el sentido eclesial”.

179. Las comunidades eclesiales de base, en el seguimiento misionero de Jesús, tienen la Palabra de Dios como fuente de su espiritualidad y la orientación de sus Pastores como guía que asegura la comunión eclesial. Despliegan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres. Son fuente y semilla de variados servicios y ministerios a favor de la vida en la sociedad y en la Iglesia. Manteniéndose en comunión con su obispo e insertándose al proyecto de pastoral diocesana, las CEBs se convierten en un signo de vitalidad en la Iglesia particular. Actuando así, juntamente con los grupos parroquiales, asociaciones y movimientos eclesiales, pueden contribuir a revitalizar las parroquias haciendo de las mismas una comunidad de comunidades. En su esfuerzo de corresponder a los desafíos de los tiempos actuales, las comunidades eclesiales de base cuidarán de no alterar el tesoro precioso de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia.



180. Como respuesta a las exigencias de la evangelización, junto con las comunidades eclesiales de base hay otras válidas formas de pequeñas comunidades, e incluso redes de comunidades, de movimientos, grupos de vida, de oración y de reflexión de la Palabra de Dios.

Todas las comunidades y grupos eclesiales darán fruto en la medida en que la Eucaristía sea el centro de su vida y la Palabra de Dios sea faro de su camino y su actuación en la única Iglesia de Cristo.

3. Discurso del Santo Padre Juan Pablo II, 2 de mayo de 2004: “La comunidad cristiana debe ayudar a los esposos a transformar cada familia en iglesia doméstica y escuela de santidad”.

La vida familiar se santifica en la unión del hombre y la mujer en la institución sacramental del santo matrimonio. Por consiguiente, es fundamental que el matrimonio cristiano se comprenda en su sentido más pleno y se presente como institución natural y como realidad sacramental. Hoy muchos comprenden claramente la naturaleza secular del matrimonio, que incluye los derechos y los deberes que las sociedades modernas consideran como factores determinantes para un contrato matrimonial. Sin embargo, parece que algunos no comprenden adecuadamente la dimensión intrínsecamente religiosa de esta alianza.

La sociedad moderna rara vez presta atención a la naturaleza permanente del matrimonio. De hecho, la actitud hacia el matrimonio que domina en la cultura contemporánea exige que la Iglesia trate de ofrecer una mejor instrucción prematrimonial encaminada a formar parejas en el sentido de esta vocación, y que insista en que sus escuelas católicas y sus programas de educación religiosa garanticen que los jóvenes, muchos de los cuales provienen de familias rotas, se eduquen desde niños en la enseñanza de la Iglesia sobre el sacramento del matrimonio. A este respecto, agradezco a los obispos de Estados Unidos su solicitud por proporcionar una correcta catequesis sobre el matrimonio a los fieles laicos de sus diócesis. *Os animo a seguir poniendo gran énfasis en el matrimonio como vocación cristiana a la que las parejas están llamadas, y a brindarles los medios para vivirla plenamente* a través de los programas de preparación matrimonial, que sean “serios en su objetivo, excelentes en su contenido, suficientemente amplios y de naturaleza obligatoria.

La Iglesia enseña que el amor entre un hombre y una mujer, santificado en el sacramento del matrimonio, es un reflejo del amor eterno de Dios a su creación. Del mismo modo, *la comunión de amor presente en la vida familiar sirve como modelo de las relaciones que deben existir en la familia de Cristo, la Iglesia*. Entre los cometidos fundamentales de la familia cristiana se halla el eclesial, es decir, que ella está puesta al servicio de la edificación del reino de Dios en la historia, mediante la participación en la vida y misión de la Iglesia. Para asegurar que la familia sea capaz de cumplir esta misión, la Iglesia tiene el sagrado deber de hacer todo lo posible por ayudar a los matrimonios a hacer de la familia una iglesia doméstica y a ejercer correctamente el cometido sacerdotal al que toda familia cristiana está llamada. Uno de los modos más eficaces de ejercer este cometido consiste en ayudar a los padres a ser los primeros heraldos del Evangelio y los principales catequistas en la familia. Este apostolado particular requiere algo más que una mera instrucción académica sobre la vida familiar; requiere que la Iglesia comparta los problemas y las luchas de los padres y de las familias, así como sus alegrías. Por tanto, las comunidades cristianas deberían hacer todo lo posible por ayudar a los esposos a transformar sus familias en escuelas de santidad, ofreciendo un apoyo concreto al ministerio de la vida familiar a nivel local. Esta responsabilidad incluye la gratificante tarea de hacer que vuelvan a la Iglesia muchos católicos que se han alejado de ella, pero que desean regresar ahora que tienen una familia.

La familia como comunidad de amor se refleja en la vida de la Iglesia. En efecto, la Iglesia puede considerarse como una familia, la familia de Dios formada por hijos e hijas de nuestro Padre celestial. Como una familia, la Iglesia es un lugar donde sus miembros se sienten animados a sobrellevar sus sufrimientos, conscientes de que la presencia de Cristo en la oración de su pueblo es la mayor fuente



de curación. Por esta razón, la Iglesia mantiene un compromiso activo en todos los niveles del ministerio familiar y especialmente en los sectores que afectan a los jóvenes y a los adultos jóvenes. *Los jóvenes, ante una cultura secular que promueve la gratificación inmediata y el egoísmo en vez de virtudes de autocontrol y generosidad, necesitan el apoyo y la guía de la Iglesia.* Os animo a vosotros, así como a vuestros sacerdotes y colaboradores laicos, a considerar la pastoral juvenil como parte esencial de vuestros programas diocesanos. Numerosos jóvenes están buscando modelos fuertes, comprometidos y responsables, que no tengan miedo de profesar un amor incondicional a Cristo y a su Iglesia. A este respecto, los sacerdotes han dado siempre, y deberían seguir dando, una especial e inestimable contribución a la vida de los jóvenes católicos.

Como en toda familia, a veces la armonía interna de la Iglesia puede debilitarse por la falta de caridad y la presencia de conflictos entre sus miembros. Eso puede llevar a la formación de facciones dentro de la Iglesia, las cuales a menudo buscan hasta tal punto sus propios intereses que pierden de vista la unidad y la solidaridad, que son los fundamentos de la vida eclesial y las fuentes de la comunión en la familia de Dios. Para afrontar este preocupante fenómeno, *los obispos deben actuar con solicitud paterna, como hombres de comunión, a fin de asegurar que sus Iglesias particulares actúen como familias, de modo que no haya división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen lo mismo los unos de los otros.* Esto requiere que el obispo se esfuerce por remediar cualquier división que pueda surgir entre sus fieles, tratando de volver a crear un nivel de confianza, reconciliación y entendimiento mutuo en la familia eclesial.

